



Por Jorge Enrique Jerez Belisario

Perdidos

No me referiré a la gustada serie norteamericana dirigida por Jeffrey Jacob Abrams llamada originalmente *Lost* —que significa en inglés perdidos—, aunque los protagonistas de estas líneas igual sobreviven en una isla y para algunas personas, principalmente de mayor edad, están también perdidos. Si lo duda, camine por las calles y escuchará más de una vez: “la juventud está perdida”, una frase que por momentos se pone de moda.

Tan es así, que en 1953, el intelectual cubano Jorge Mañach dijo lo mismo y añadió que solo les interesaban las fiestas y los bailes, y se preguntaba entonces dónde estaban los Céspedes y los Agramontes. Tres meses después llegó la respuesta: un grupo de jóvenes asaltaba el cuartel Moncada. ¡Resurgía la caballería mambisa que pedía Mañach!

Hoy no son tiempos de probar a la gente en el Moncada, ni de escalar cinco veces el Pico Turquino; tampoco de ir a Angola o a Etiopía a jugarse la vida como tantas veces hicieron nuestros tíos, padres y abuelos. Alguien me comentó una vez que los jóvenes de hoy son tan o más revolucionarios que los de otras épocas, porque la propia efervescencia que había antes los enrolaba y, además, hubo décadas en que por la situación económica del país no tenían tantas preocupaciones, la principal era aportar. Pero de qué valen las comparaciones.

En la actualidad hay que sacar mil cuentas para que nos dé el salario para vivir, vestirnos y, además, recrearnos. Nos preocupa que tenemos que gastar más dinero en el transporte que en el ocio, y cuando sumamos lo que invertimos en calzar, vestir y los gastos de la casa, no nos queda prácticamente nada.

Por esas razones crecen otras variantes para la obtención de ingresos, desde el “papá, dame dinero para salir”, los negocios y la tenencia de un segundo empleo; entonces, como la pirámide continúa invertida, muchos graduados universitarios siguen ganando menos que cualquier otro que no lo es, y quienes están empleados en el sector no estatal perciben más que con el Estado; también crece la percepción de que aquellos que trabajan son quienes más dificultades tienen.

Los tiempos cambian y las mentes demoran en asimilar esas transformaciones. Para encontrar a los jóvenes basta con ir a los puntos Wi-Fi, a Facebook, a un concierto o a copiar el paquete. Allí estamos militantes o no, secretarios generales y orientadores políticos, y hasta cuadros profesionales, los mismos que después, si logras enamorarlos de la tarea, se van a una caminata, a un trabajo voluntario, donan sangre, están horas sin salir

de un laboratorio investigando una nueva vacuna o en la tierra, bajo el sol del mediodía, produciendo alimentos.

A esa misma velocidad con que nos llegan los cambios, hay que cambiar. Si Mahoma no va a la montaña, entonces hay que llevar la montaña, aunque cueste más trabajo, hasta donde está Mahoma.

En ese escenario, la Unión de Jóvenes Comunistas, organización que tiene el encargo constitucional de atender a los cubanos menores de 35 años, si pretende cumplir con él, tendrá que ir más allá de las reuniones, las actas y la cotización. Dedicarse a llegarle con contenidos atractivos a una masa juvenil que pide a gritos sentirse representada.

Para lograrlo, sus cuadros no pueden dejar que el inmovilismo y las tareas de buró les ocupen toda la jornada. Es necesario eliminar los pendientes, que no falten actas y cerrar con las finanzas al 100 %, pero a la vez hay que estar donde están ellos, pensar y hasta vestirse como lo hacen los muchachos. Con una camisa abrochada hasta arriba y dos lapiceros en el bolsillo no convencen a nadie, para Facundos basta con el del programa *Vivir del cuento*.

El Comité de Base no puede seguir siendo el lugar aburrido, donde muchos van y desconectan el “plus”. Para cambiar tal realidad no hay que ir a Marte, se trata de discutir en ese espacio lo que verdaderamente les interesa a sus miembros con dinamismo y ganas de hacer cosas nuevas.

A 55 años de fundada la organización, que reúne la vanguardia juvenil cubana para resistir los duros embates de los años, tendrá que encontrar nuevos códigos sin perder su esencia. Ya no estamos en los ‘60, la tarea trata de demostrar su utilidad en pleno siglo XXI. Solo así no le cederá terreno a quienes apuestan al cambio generacional para derribar el socialismo cubano. A la historia le sobran ejemplos demasiado elocuentes de lo que sucede cuando nos critican, en lugar de prepararnos para asumir lo que se nos viene encima.

Darse un beso en la boca en medio de un parque, escuchar reguetón, rock o cualquier otro género musical y criticarlo todo, no nos hace elegibles para una nueva temporada de *Lost*. Encontrar a los “perdidos” no es tan difícil, basta con darse cuenta de que somos rebeldes por naturaleza, creemos en el cambio y pensamos que todo puede mejorarse; ser así, diversos, alegres y eternamente inconformes nos ha convertido en protagonistas de las grandes revoluciones de la humanidad, no nos pidan que mutemos, encuéntrennos tal como somos.



Por Yanisleidy Prado Rojas

Podemos hacer el futuro

Mi vida cambió desde que participé en el seminario de Género y Comunicación que imparte el Instituto Internacional de Periodismo José Martí, en La Habana. Cada idea que allí se manejaba era como una sacudida que, sobre todo, me exigía mirarme por dentro, repasar mi cotidianidad, ver desde otra perspectiva situaciones que por nuestra cultura, hasta el momento me parecían normales.

Entonces comprendí que el hecho de que te regalen un celular, en el fondo, puede ser un acto de control; que no soy la media naranja de nadie, sino una naranja completa, independiente; que cuando una pareja decide compartir la vida, ambos miembros tienen iguales responsabilidades en el hogar y uno no ayuda al otro, sino que comparten, participan; que no hay unos trabajos para hombres y otros para mujeres “no tradicionales”; que no está bien que te griten, te ofendan o te ignoren y después te juren amor.

Mujeres y hombres no somos iguales, ni siquiera las propias mujeres nos parecemos, porque cada individuo es único e independiente. El hombre, por lo regular, es más fuerte físicamente; sin embargo, es la mujer quien carga en su vientre a la descendencia por nueve meses, y la da a luz, y la amamanta. ¿Cómo puede definirla entonces la Real Academia de la Lengua Española como el sexo débil? Como esta, otras muchas diferencias los distinguen; no obstante, otras muchas capacidades los equiparan: amar, sufrir, reír, llorar... porque los hombres también lloran y no por eso dejan de serlo.

En Cuba, mucho terreno ganamos las féminas con el triunfo de la Revolución, sobre todo en el

ámbito social, pero qué pasa en el intrafamiliar. Encontrar un esposo que comparta contigo las labores hogareñas es casi un privilegio, y hay quien lo hace y no lo ve como su responsabilidad, sino como una ayuda, incluso hay que agradecerse, como si ambos, en la mayoría de los casos, no trabajaran el mismo tiempo fuera de casa y llegaran con igual cansancio. ¿Cómo cambiarlo?

Soñamos con ese hombre ideal y a veces no nos damos cuenta de que depende de nosotras mismas construirlo, tal vez no en la pareja, en el hoy, pero sí para un futuro distinto. Por esa misma cultura patriarcal las mujeres solemos tener a nuestro cargo el mayor peso en la educación de los hijos. ¿Por qué entonces no formarlos en el modelo de hombre que anhelamos?

Si empezamos desde hoy tal vez perdamos el miedo a que en la vejez no tengamos a nadie que nos cuide si dimos a luz un varón, o podamos dejar con confianza a los nietos con sus padres, o nos vayamos tranquilas dejándolos solos, seguras de que no pasarán “trabajo”.

Tenemos que cambiar también nosotras mismas y a la familia. No hacerlos unos inútiles, enseñarlos a valerse por sí mismos y a ocuparse de las cuestiones de la casa, a ser gentiles, respetuosos, amables; considerar a su pareja y a quienes les rodean no son síntomas de debilidad, y es muy común que las propias mujeres lo crean así, y contradictoriamente, deseen en su hombre atributos que temen formar en sus hijos.

Hoy me considero entre las privilegiadas, aunque de vez en cuando los rezagos de machismo toman la palabra e intentan contrarrestarme con el reto de lavar o medirle el aceite a la moto, como si yo no lo pudiera hacer. Aún tengo el reto de los hijos, pero sin dudas voy a intentarlo, sobre todo porque creo que puede ser diferente.



Por Diosdada Sagarra Díaz

Plan Jaba: ¡incomprensiones!

¿Quién con derecho al Plan Jaba no ha sido cuestionado por los clientes de su bodega, punto de leche, placita o panadería? Comienzo con la interrogante, porque en la mayoría de las ocasiones, cuando una trabajadora beneficiada con esa condición llega a uno de los lugares mencionados, para los que han alcanzado los primeros turnos en la cola es como ver al diablo.

El Plan Jaba se rige según la Instrucción No. 5171 del Ministerio de Comercio Interior, en vigor desde el 2002. Tiene como objetivo brindar a las trabajadoras una prioridad en la adquisición de los productos de la canasta familiar normada, facilitando la incorporación de la mujer y toda la familia a las labores de la producción y los servicios, por lo que puede considerarse también como una conquista social de nuestra Revolución.

Es bueno conocer que los consumidores acogidos a sus beneficios deben cumplir con varios procedimientos, entre los que se incluyen verificaciones hechas por la FMC y el aval de sus centros de trabajo, acciones con las que se pretende brindar mayor transparencia y justicia al proceso. Además —y esto es algo que no todos saben— para su aplicación se establece la alternancia de dos núcleos familiares de Plan Jaba por uno que no esté acogido a este. Otro detalle es que la legislación establece su validez todos los días de la semana, aunque solo para una compra.



Pero aun así, para algunos resulta “injusto”, y se empeñan en cuestionarlo. Aducen, por ejemplo, que durante los fines de semana pierde sentido su uso, sin tener en cuenta

que es en esos días cuando, luego de haber cumplido con las responsabilidades profesionales, la trabajadora emprende su segunda “jornada”, a la que una sociedad machista la condena.

Tampoco parece importar que en un país envejecido como el nuestro, tantas personas alternen responsabilidades “en la calle” con el cuidado de ancianos o enfermos, que les impiden valerse por sí mismos, razones que justifican cualquier prioridad que puedan tener a la hora de adquirir los alimentos que les corresponden.

Nada debe empañar la justeza de un programa que, como este, pretende mejorar la calidad de vida de la población y contribuir a facilitarnos la vida. Es cierto que a veces tocará esperar un poco más, pero incluso para quienes deban hacerlo quedará la satisfacción de haber cumplido con un deber humano y solidario.